

no nacional estaba muy pobre (como siempre), y muy ocupado, porque hubo la guerra de 1876, y la guerra de 1885, y la de 1899, y no quedaban recursos.

La autoridad sólo se hacía sentir en cosas como los temibles guardas de renta (pág. 95), “que se singularizaban por su atuendo especial, característico. Eran medio policías, medio alcabaleros, medio civiles y medio atrabiliarios. Usaban revólver, linterna, peinilla de muchos ramales, palo con arriador, *toalla al cuello*, sombrero arremangado y mirada de centuriones de Semana Santa. Tenían plena autoridad, allanaban sin mandamiento judicial cualquier tienda o rancho en las veredas y, sin Dios ni ley, se llevaban a la vieja, el tabaco, el muchacho y cuanto encontraban, sin preguntar; tan sólo porque la *guía* no estaba de acuerdo con las existencias”.



Tales guardas de renta existieron en todo el país. Hará cosa de unos cincuenta años que el gobernador de Antioquia envió sus guardas de renta a la población de Urrao. Allí los recibieron, los picaron en pedacitos, los echaron en costales y se los devolvieron al gobernador.

Para 1870 (pág. 59), ya la tierra se medía por centímetros, aunque una vara tierrera (85 cm) seguía siendo más barata que una vara de tela (80 cm), o la yarda. Desde entonces los

conflictos por la tierra han venido en aumento. El argumento, religioso, siempre ha sido el mismo: “Vusté, que es del Cielo, váyase p'allá y déjenos la tierrita a nosotros”.

La obra, por tratarse de segunda edición, no debería contener errores tipográficos. En cuanto a los otros, la Academia de Historia incluye algunas necesarias glosas en el Prólogo. El libro empieza con “Presentación”, “A manera de prólogo”, “Introducción”, otro “Prólogo”, otra “Presentación”. Luego se inicia con la fundación de Cartago. Pero los defectos se compensan con la amenidad, el interés que suscita, la parte anecdótica, la buena voluntad y el afecto indeclinable por la ciudad. Afecto que se enraíza precisamente en las cosas amables. Nadie dirá que ama a una ciudad porque la fundó algún empenachado conquistador, sino porque allí tuvo lugar su infancia.

La referencia a la infancia nos lleva a la época de estudios básicos. “Los maestros (pág. 75), no se permitían confianza alguna con los discípulos, ni solían tener una frase cariñosa, ni una sonrisa amable; les daba la impresión de que la seriedad era la parte fundamental en la disciplina”. [...] “El maestro empezaba por rezar el Padrenuestro y mostrarnos una correa ennegrecida y tiesa”. En página 129 un muchacho refiere haber sido criado “con rejo y aguapanela”. Era la época en que los niños venían a domicilio, “los pandeyucas eran monumentales, grandes como neumático de camión”, y el espejuelo de tamarindo era vendido en la calle por las placeras. El académico se horroriza (o divierte) con esa forma campechana y familiar de contar la historia, pero esa es la historia que enseña, y el lector desprevenido la disfruta mucho. La otra, en volúmenes de pasta solemne, ésa es para consulta.

Los juegos y entretenimientos juveniles eran zanahorios y a la vez atrevidos y filosóficos, entre ellos la cometa (pág. 87), “que como los políticos tiene la vida en la cola y depende de un hilo que al romperse le causa la caída en picada”.

Los mayores, pasados el trompo (filosofía budista) y las canicas (filosofía indígena), entraban de lleno al comercio, con las limitaciones culturales de su época. La cerveza se importaba como remedio, o servía de aperitivo. El *brandy* era también medicinal, y el *whisky* sólo un aviso extranjero. El azúcar era de lujo: para enfermos, limonadas y jarabes de botica. Quedaba el aguardientico de Midiós, celebrado con versos:

*Bebió aguardiente Jehová
y Nabucodonosor,
y Cristo Nuestro Señor
en las bodas de Caná.
Tragó mucho guandamé
el intrépido Noé,
el gran soñador José
y Confucio y Faraón,
y Tiberio y Cicerón.
Lo digo porque lo sé.*

JAIME
JARAMILLO ESCOBAR

Historia y memoria

Pinceladas de Agua de Dios

José Ángel Alfonso

Departamento de Cundinamarca,
Secretaría de Cultura, <2002?>, 226
págs., il.

A juzgar por la portada, el libro parece una cartilla cualquiera, lo que no es así. El formato incómodo y la diagramación no corresponden al concepto de libro, sino de revista, y no está justificado por las ilustraciones, pues fuera de la portada no contiene ninguna en tamaño página. Los que ahora diseñan libros, como libros no han conocido, los diseñan en forma de revista, pues para ellos todo es farándula.

Libro extenso, escrito por alguien que no tuvo instrucción y no sabe escribir, se lee con mucho interés, con agrado y sin el menor esfuerzo, a diferencia de los libros de historia compuestos por los nuevos historia-

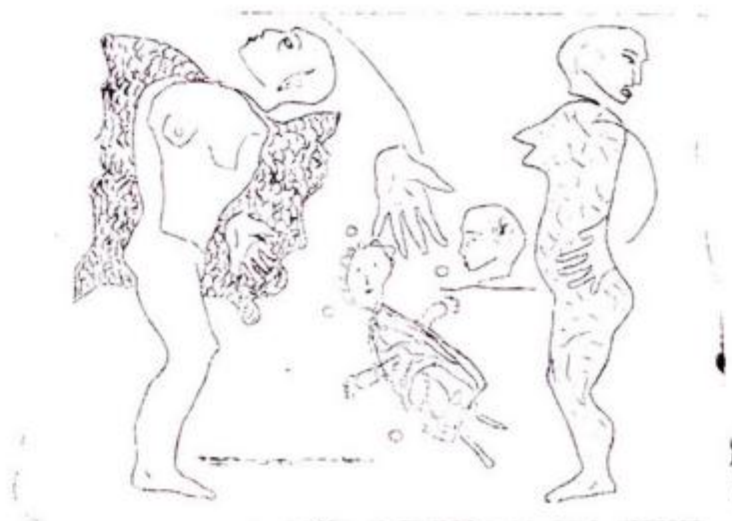
dores con título universitario, los cuales son pesados y aburridos ladrillos, que exigen por parte del lector paciencia y esfuerzo para vencer el tedio que produce la suficiencia vanidosa del autor. Desde el comienzo mismo se nos advierte: "...protagonista viviente de la enfermedad de Hansen desde la edad de ocho años, primero en el lazareto de Contratación y seis años después aquí en Agua de Dios, yo no sé ni dónde se pone una coma, o lo que es una oración gramatical. [...] Mi formación escolar ha sido de analfabeta". Construir esta obra le llevó diez años. Es un libro para ser recibido con la comprensión que merece todo esfuerzo realizado en condiciones desfavorables. En este caso la gramática no importa. Importa, y mucho, el contenido.

La falta de archivos para completar la historia (porque los papeles viejos se desechan), dificulta las investigaciones en Colombia. El autor se ha basado en sus propios conocimientos y en los de sus contemporáneos, a más de la primera monografía del lugar, comprendida entre 1870 y 1920, escrita por un enfermo de Hansen después de que perdió la vista y las manos. Entre los contemporáneos aparece en forma simultánea otra obra histórica, de cuyo autor se cuenta haberse inspirado años antes en una casual incidencia: "Pensando en conocer a fondo los orígenes de esta población, se motivó inesperadamente un día cualquiera, cuando a su paso por una calle se encontró de improviso un montón de libros que por su antigüedad fueron desechados como basura. Tomó un ejemplar y al hojearlo encontró con grata sorpresa un documento que le pareció de gran importancia, pues su contenido era una carta escrita en estos parajes cien años antes de la fundación del lazareto".

Entre dos alternativas: la corrección de estilo, o la fidelidad al original, el editor se decidió por esta última, a fin de conservar la autenticidad del texto. Desde su aislamiento ("Hace tiempos que no tengo quién me celebre cumpleaños"), lamento de soledad que se escucha en todo el libro, el autor enseña —con mucha

energía— algo importante: amar la patria por encima de todos sus defectos y problemas, y valorar lo positivo sin quejarse tanto de lo malo.

Para las nuevas generaciones el concepto de patria ha perdido significado. Lo expresa claramente el joven abogado Pedro Olivella Solano en su libro de heterónimos *Poetas vallenatos*: "La nación es una moneda gastada, que engendró sentimientos mezquinos. [...] Esta poesía viene a decir el derecho a no cantar el himno nacional". La renuncia a una patria implica la renuncia a todas las patrias, discusión ya cancelada como otra de esas utopías imposibles que seducen a los jóvenes idealistas.



Un pueblo de enfermos que "...fue desconocido, confinado, perseguido y tratado con violencia en sus derechos", no espere usted que tenga una historia alegre. En 1931 el presidente Enrique Olaya Herrera ordenó la represión armada, enviando cien soldados y ochenta policías contra los enfermos que protestaban en la plaza por las injusticias padecidas. Resultado: nueve muertos y varios heridos, que pocas manos tenían entre todos para luchar con las carabinas oficiales.

En 1983, la misma historia: tuvieron que salir todos a la carretera, en protesta porque el Ministerio de Hacienda no giraba desde hacía once meses los magros subsidios para los dolientes. Fueron tratados como subversivos, que bloqueaban una vía pública. Ésta es la clase de respuestas que tantos enemigos les crea a los gobiernos. Contra los leprosos bala, ya que dinero no hay.

Población nunca aceptada de buen grado por sus vecinos, durante un siglo se vio hostilizada por entidades

oficiales de todo orden, y aún desde dentro de la misma comunidad por sus propias autoridades. En página 164 se recuerdan "...los momentos críticos en que la Dirección del Sanatorio y el Ministerio de Salud han pretendido introducir nuevas normas en perjuicio de los enfermos". Baste decir que durante muchos años los tuvieron encerrados entre apretadas cercas de alambre de púas, como si fueran ricos hacendados.

Sabido es que numerosas personas en el siglo pasado dejaron importantes legados testamentarios, o por escritura pública, para los enfermos de Agua de Dios. De los cuales en Agua de Dios no se recibió un peso, porque todo se lo robaron: "Las donaciones en dinero efectivo no han llegado nunca jamás". [...] "Las entidades oficiales del Gobierno se han tomado como propias estas donaciones y legados", dice en página 153. El capítulo sobre las donaciones y legados para los enfermos es uno de los más importantes del libro, bien documentado, con denuncias concretas y valerosas: "En esta danza de anomalías ha estado presente la anuencia de funcionarios del Ministerio de Salud, los organismos nacionales de Contraloría General de la República, la Procuraduría General, y la Presidencia de la República".

Muchos particulares y religiosos han hecho caritativamente lo que el Estado nunca pensó hacer, sino que se dedicó a obstaculizar los buenos propósitos de la iniciativa privada. Especialmente benefactores holandeses y otros europeos (alemanes, ingleses, franceses e italianos), llegaron a Agua de Dios e hicieron por su cuenta y riesgo lo que era obligación del Estado colombiano, del cual nada se podía esperar. Sólo en los últimos dos decenios la situación de los enfermos ha mejorado un poco, no mucho: en 1997 el Congreso aumenta a un salario mínimo el subsidio para los reclusos en Agua de Dios y Contratación. Y esto se critica como un despilfarro legislativo. Tanto, que los enfermos tienen que proceder, como ya lo han aprendido, a defender sus derechos.

El autor del libro, cuyo nombre tan disminuido aparece en la portada, agradece a los benefactores a nombre de todo el pueblo, vocería que puede tomar porque él se identifica por completo con la historia de Agua de Dios. En realidad, el volumen contiene dos libros entremezclados: la historia del lazareto y las memorias del autor, pero no podía verlo así, porque él es parte de esa historia. Dedicó sesenta páginas continuas a su obra como pintor primitivista y a sí mismo, además de otras menciones, como en esos programas de televisión donde el presentador de la culebra entra a ser parte de la historia.



En realidad, todos los pintores y músicos, y cuantos de un modo u otro se han destacado por sus obras dentro de la comunidad tienen en el libro amplios y detallados informes, acompañados con reproducciones y fotografías.

Sobresale entre ellos el maestro Luis A. Calvo, cuyas tristes composiciones permanecen en la memoria popular. Su historia ejemplifica las dificultades que tienen que vencer en Colombia quienes poseen alguna habilidad. A Luis A. Calvo sus envidiosos maestros lo castigaban con rigor porque le gustaba mucho la música.

En general, los libros editados por entidades oficiales tienen una restringida circulación. Por no ser comerciales, suelen pasar desapercibidos. Además, no cuentan con buena imagen pública. El libro al que se refiere esta reseña, a pesar de sus ostensibles defectos, está concebido para producir diversos resultados y demuestra que el contenido es más importante que la forma. No se dice nada de su distribución, ni del nú-

mero de ejemplares. El efecto depende de la lectura, y ésta de la publicidad. En un país de sordos, podría titularse románticamente *Denuncias al viento*. Romántico, porque el autor le imprime cierto lirismo decimonónico y lo finaliza con un capítulo de poesías que son la expresión nostálgica de los habitantes del lugar:

*No temas saludarme
si hoy te ofrezco mi mano.
No es perfecta a la tuya,
pero no tengo más.*

Y ésta es la que se llama *reseña emocional*, para que sepa. También se la puedo hacer lingüística, sociológica, religiosa o turística. Lo que quiera. Menos bibliográfica, porque a usted le daría mucha jartera.

J A I M E
J A R A M I L L O E S C O B A R

Por qué caen los aviones en el Tablazo

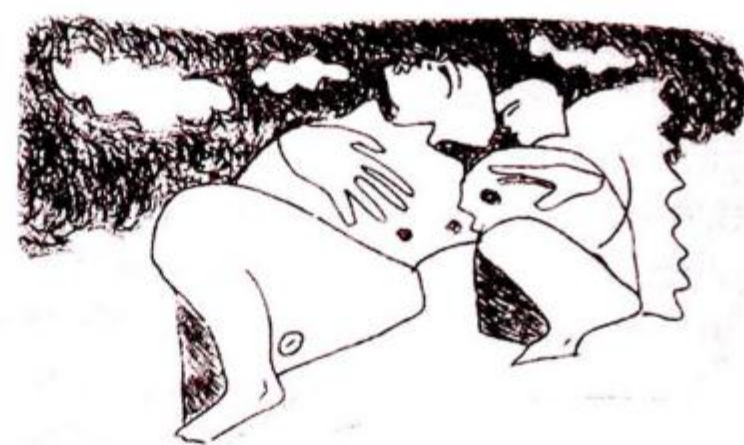
Supatá, mi hermoso municipio
Emiro Arcángel Salgado Rincón
Ediciones Jurídicas Gustavo Ibáñez,
Bogotá, 2002, 207 págs., il.

El autor de la monografía de Supatá es odontólogo retirado. Por tanto, su obra tiene una sonrisa maliciosa. Es común que los odontólogos se ocupen también de otras cosas, como la música, la literatura, la historia, o labores cívicas y sociales.

Los historiadores consideran las monografías de pueblos como género menor, cercano a la crónica. Por eso tienen que ser escritas por voluntarios, con más fe y amor que pericia profesional. Y se les deben reconocer los aciertos antes que señalar defectos en un trabajo desinteresado, difícil, oneroso y con todos los peligros que tiene trabajar en Colombia, aunque sea gratuitamente.

En Antioquia se inició hace pocos años un experimento para escribir o revisar las monografías de los municipios, con la misma falla de siempre: la falta de presupuesto para la cultura, y de experiencia. No tuvo continuidad y todo quedó en nada, como es costumbre.

En el caso presente el civismo del autor suple las carencias, y el propósito se logra aunque no hubiese contado con una revisión que evitara los numerosos y elementales errores de redacción y digitación. Un sólo ejemplo, muy ilustrativo: la expresión "o sea" aparece a lo largo del volumen como *ósea*, lo que suele ocurrir cuando se confía demasiado en las computadoras. De todos modos, la investigación se puede considerar exhaustiva, aun teniendo en cuenta que no siempre recibió la colaboración solicitada. Y las fallas son excusables, en atención a la buena voluntad y el evidente trabajo y dedicación que el empeño requería. Es más: merecía una mejor edición. La que se hizo carece de diseño, con un tipo de letra inadecuado y pésima impresión. Los grabados no pueden ser peores. En página 152, "la hermosa cordillera del Tablazo" es un borrón. Los originales de las fotografías sin duda dejan mucho que desear para un impresor, pero el resultado es francamente lamentable.



Aún así, las doscientas páginas se leen y releen con agrado, si el lector se sitúa en la cruz de la iglesia y desde allí observa todo con benévola comprensión. Y si conoce los pueblos, porque no es un libro para gentes de ciudad.

Una población pacífica, con hermosos parajes, a noventa minutos de Bogotá, podría ser un destino turístico popular, pero tal vez mejor que